

Una creación admirable de la iniciativa particular.

LA OBRA DE LA COSTA BRETONA

ENTRE las creaciones del apostolado laico, una de las más admirables es «La Obra de la Costa Bretona». Su autor es M. de Thézac. Su origen reciente, su rápido progreso, sus resultados maravillosos ya—la palabra no es exagerada—,acaban de ser expuestos por Monsieur Charles Le Goffic, en *La Revue de Deux Mondes* (1 janvier 1907, «La crise sardinière»). Llamo muy particularmente, sobre su artículo, la atención de los partidarios sistemáticos del Estado-Providencia, que esperan todo de la Administración, cualesquiera que sean los que la representen, y de la Ley, cualesquiera que sean los que la hacen. Es inútil recordar una ven más los estragos del alcoholismo en Francia, sobre todo en nuestros puertos, especialmente en aquellos de la costa bretona. Ahora bien, una ley que se puede llamar electoral, del 17 de Julio de 1880, respecto a la libertad de los establecimientos de bebidas, ha sido, sencillamente, como lo dice M. Le Goffic, la señal *de nuestra decadencia fisiológica*. Hay que pensar, en efecto, que el consumo de alcohol absorbe, en los puertos de Bretaña, la cuarta parte de la ganancia de los marineros; que cada uno de éstos, *sin ser un borracho*, bebe, por término medio al año, por valor de 150 francos de este veneno; que la plaga «no se detiene en sus estragos en los pescadores, sino que repercute dolorosamente sobre la raza, sobre esos tristes hijos del sábado, como se les llama, condenados a la escrófula, al raquitismo y a todas las degeneraciones. Disminución en la natalidad, aumento en la mortalidad de los niños de 0 á 1 año, aumento paralelo en la cifra de los rebajados del servicio, hasta el punto que el término medio de los diez últimos años es dos veces mayor que el de los diez años anteriores; véanse los efectos de esta triste incuria del Estado para con nuestras poblaciones marítimas».

En efecto, si no se puede, si no se debe pedir al Estado que evite todos los males, nos está permitido exigir al menos que no los agrave. Pues bien, durante esa crisis sardinera que hizo derramar tantas lágrimas, cuando, en esas circunstancias, los fabricantes adoptaban, dice M. Le Goffic, una actitud conciliadora, reconocían los sindicatos, enviaban delegados a sus congresos, millares de obreras se declaraban en huelga, y ¿por qué? porque los patronos no querían reemplazar el trabajo por miles, que estimula la iniciativa, con el trabajo por horas, que no favorece sino a las perezosas y a las torpes. Y el Estado, en vez de intervenir, como era su deber, no a título de amo, sino a título de pacificador y de consejero, muy lejos de buscar la paz fomentaba la guerra y estimulaba la huelga. Su papel, termina M. Le Goffic, *ha sido el de un cortesano; de un mendigo de popularidad*. Hubiera terminado quizá con arruinar a los fabricantes, pero entonces verá «irse á pique también en la catástrofe a esos mismos pescadores, cuyo voto le importaba más que la seguridad doméstica».

Sin embargo, véase cómo un faro comienza a proyectar su luz amiga en medio de esta bruma: es el *Albergue del Marino*. Y aquí interviene, enfrente del Estado que subordina la salud social a la política—¡y a qué política!—, el apostolado particular que destierra a la política para realizar una obra de salud social, ¿Qué es, pues, el *Albergue del Marino*? Es el comedor sino, confortable y sin el alcohol. El primer Albergue se construyó en 1900 en Guilvinec; después se han levantado otros sucesivamente en Audierne, en Concarneau, en el Palais, en Camaret, en Passage-Lanriec, en Saint-Marie y en la Isla de Sein. Los pescadores bretones tienen la costumbre de reunirse cuando están en tierra. Si no llueve, se reúnen en grupos al aire libre. Pero llueve a menudo en la costa bretona; ¿dónde refugiarse entonces, sino en la taberna? Para arrancarlos de ella, M. de Thézac comenzó por alquilar en la Isla de Sein dos pobres cuartitos, sala de lectura y dormitorio. Este primer Albergue no era sino local provisional que en muy pocos años ha llegado a ser, según la expresión de M. Le Goffic, como la *Casa del Pueblo* de los marinos. Alguno de estos nuevos Albergues ha costado 6.000 francos; otro 8.000; el mayor 15.000. Todos están edificadas bajo el mismo plan: sala de recreo y sala de lectura, adornados con cuadros y cartas marinas; espacio cubierto con juegos y aparatos de gimnasia; dormitorios y catres. Hay siempre una biblioteca compuesta principalmente con relaciones de viajes. El papel, la tinta y las plumas se ponen gratuitamente a disposición de los marinos. Pero —son niños grandes—es preciso también distraerlos: los días o más bien las noches de fiesta, la linterna mágica alterna con el fonógrafo. La cuota para ser socio del Albergue, es de 0,10 francos (10 céntimos de franco) al año. De Enero a Diciembre de 1906 recibieron próximamente unas 400.000 visitas.

«Cuatrocientas mil visitas al Albergue, escribe M. Ch. Le Goffic,

son 400.000 visitas de menos a la taberna».... y he ahí por qué los Albergues han hallado tantos enemigos bastante vivos para haber sabido ganar a su causa a la Federación de los Marineros pescadores. Causó estupor en todo el litoral, cuando esta Federación en su último Congreso calificó a los Albergues como lugares de perdición en donde los jóvenes eran *atraídos con el cebo de la ganancia, y contraían hábitos de pereza*. Las protestas, las denegaciones llovieron por todos lados y la Federación quedó abochornada.... se trata de todo y se habla de todo en el Albergue, excepto de religión y de política. Es la única prohibición puesta por los fundadores; éstos—y hay que alabarlos sinceramente por ello—no han querido ni aun aparecer en la formación y la composición de los Comités Directores; los individuos de esos Comités son elegidos por los marineros mismos y deben escogerlos entre ellos. *No pueden ser individuos del Comité*, dice un artículo de los estatutos, *sino los marineros pescadores en activo servicio o retirados*.

«Excelente método para despertar entre esos niños grandes el espíritu de iniciativa. *La obra de la costa bretona* evidentemente no ha realizado de un día al otro ese milagro de convertir a la sobriedad un ejército de 17.000 parroquianos de tabernas. Se ha podido comprobar desde que se fundaron los Albergues, una elevación palpable de la moralidad de los pescadores de sardina. Retengamos preciosamente—entre tantos testimonios que podría presentar—la confianza melancólica de una tabernera de Passage-Lanriec a M. Austin de Croze: *Desde hace ocho meses que se ha abierto el Albergue he perdido más de 1.000 francos*. Tal es la popularidad de esta hermosa y generosa institución, que las solicitudes afluyen de todos lados en el seno del Comité de la Obra; cada puerto de pesca quería tener su Albergue. ¿Por qué el fundador de esta *Obra* no es un Carnegie o un Vanderbilt? ¿Por qué la obra misma, por la modestia de su fundador, es tan poco conocida?

«Las Sociedades de Salvamento, dice con razón M. de Thézac, tienen generosas gratificaciones todos los años, las cuales pasan de varios centenares de miles de francos. Pues bien, los Albergues, ¿no constituyen una gran empresa de salvamento glorioso, que preserva del naufragio moral a una porción de marineros, en número imposible de determinar?»

(De la *Reforme Sociale*.)

